



El pasar del tiempo: vagancia canaria y productividad alemana.

Jorge Marsá

Debería hablar hoy sobre desarrollo sostenible, tema al que se dedica la Carpeta del nº 3 que presentamos; pero, la verdad, se me han mezclado algunas ideas sobre la identidad, problema a tratar en el próximo número, mientras preparaba esta intervención. Comencemos, no obstante, por referirnos al desarrollo sostenible. No es necesario ser muy listo para entender lo que, normalmente, se quiere decir con desarrollo: básicamente, perras. Sí señor, lo importante son las perras, la economía. Si después las personas no se adaptan a la economía, el problema es de las personas, que tienen que cambiar; la economía es intocable.

De hecho, cuando se mantiene, sin ruborizarse, que la economía va bien en un país con tres millones de parados, no hay contradicción: nadie ha dicho que a nosotros nos vaya bien, es sólo la economía la que va bien. Aunque, la verdad es que a unos cuantos les va de cine, como casi siempre. Al referirse a la economía el mito clave es la productividad, eso que hoy suele traducirse por competitividad. Por lo tanto, deberíamos estar obligados a poner de manifiesto la situación de Lanzarote en este asunto tan fundamental. No parece congruente tratar el desarrollo, como llaman hoy al crecimiento económico, sin referirse a este tema. Lo cierto es que tenemos un gran problema; aunque cueste, hay que reconocerlo: los canarios, y los conejeros en particular, no resultan competitivos.

Lo dicen los de fuera: los canarios son unos vagos; los más refina-

Los canarios tienen que adecuarse al mercado laboral, no el mercado laboral a la población. Pues eso, según cualquier, economista sería absolutamente irracional

Este texto corresponde a la intervención de Jorge Marsá en la presentación del nº 3 de *Cuadernos del Guincho* en el mes de octubre de 1997. Por su relación con el tema de esta carpeta se ha decidido su publicación.

dos prefieren el término de perezosos. Pero también lo dicen los de dentro: el gran problema es la falta de formación profesional de los canarios, su falta de adecuación al mercado laboral. Porque los canarios tienen que adecuarse al mercado laboral, no el mercado laboral a la población. Pues eso, según cualquier economista, sería absolutamente irracional. Primero, la economía; después, la gente.

Además, el mercado laboral se las trae. Escuchábamos hace poco a un empresario turístico conejero, que controla unas 1.500 camas en la Isla, mantener que los de aquí, sus paisanos, ni quieren trabajar ni están preparados; por no saber, no saben ni idiomas. A la vez, comentaba las mil maravillas de su trabajador modelo, un gallego prácticamente analfabeto pero trabajador como él solo. ¿Sabrá idiomas el analfabeto? ¿Estará tan bien preparado? ¿No será que trabaja un montón de horas por cuatro duros? Así, cuando no admites un salario de miseria por un duro y largo trabajo, eres un vago; y los pobres empresarios no encuentran gente competitiva en esta Isla. ¿Qué ocurrirá en los Centros Turísticos, donde trabajan un montón de conejeros? ¿Tendrá algo que ver con las condiciones laborales y los salarios?

Los canarios son unos vagos, aunque al parecer no tanto como los mejicanos o los marroquíes

Pero éste no es un problema sólo de aquí. Los canarios son unos vagos, aunque, al parecer, no tanto como los mejicanos o los marroquíes. En realidad, como todos los pueblos que no se encuentran en el centro de la economía occidental. Con la salvedad de los laboriosos japoneses, a los que se unen, ahora, el resto de las poblaciones de los países denominados Tigres Asiáticos: Corea, Honk Kong, Taiwan, etc., etc. La generalización de este punto de vista en los países ricos nos permite entender, por ejemplo, la sorpresa que mostraba un ingeniero europeo, en una plantación del Camerún, cuando un obrero le decía: “¿Cómo puede un hombre trabajar así, día tras día, sin faltar? ¿No se morirá?”

Historia

Tampoco es éste un problema reciente. En su sentido moderno, al que nos referimos, se inició hace unos 200 años en Inglaterra, el país donde comenzó la revolución industrial. Pues bien, lo que los puritanos patronos ingleses de la época escribían sobre sus obreros se consideraría hoy un insulto: “Bestias inmundas, gente sin moral, que aprovecha la mínima oportunidad para darse a los vicios más depravantes, entre los cuales sobresalía el alcohol; un embrutecimiento generalizado y la ausencia de la más mínima sensibilidad; gente perezosa que malgasta el tiempo sin el menor recato”.

Y en este malgastar el tiempo se encontraba el gran problema al

que los puritanos ingleses hicieron frente con radicalidad. Para ellos resultaba meridianamente clara la necesidad de transformar el sentido del tiempo de las clases populares para que fuera posible implantar una nueva disciplina de trabajo, imprescindible para las industrias nacientes. Realmente, los plebeyos ingleses no estaban preparados, en absoluto, para esa nueva disciplina. En Inglaterra se veneraba generalizadamente a San Lunes, hasta tal punto que, por ejemplo, en las acerías de Sheffield continuaba sin trabajarse los lunes aún en 1874. Esta irregularidad en el trabajo era usual, no sólo entre los cuchilleros. Veamos un texto de la época:

“Cuando los tejedores de punto o los que hacían medias de seda recibían precios altos por su trabajo, se observó que raramente trabajaban en Lunes o Martes sino que pasaban la mayor parte del tiempo en la taberna o los bolos... Con los tejedores es corriente que estén borrachos el Lunes, tengan dolor de cabeza el Martes y las herramientas estropeadas el Miércoles. En cuanto a los zapateros, antes se dejarían colgar que no recordar a San Crispín el Lunes... y así permanecen normalmente mientras tienen un penique de dinero o el valor de un penique en crédito.”

Esta irregularidad en los días se insertaba dentro de la más amplia irregularidad del año de trabajo, salpicado por sus tradicionales fiestas y ferias. Aunque a algunos les cueste creerlo, hoy en día todavía trabajamos bastantes más días al año, a pesar del mes de vacaciones y el largo fin de semana, de lo que se hacía en la Edad Media. También es cierto que la glorificación del trabajo que sufrimos se desconocía en aquella época: trabajar continuaba siendo, aún, un castigo divino.

La notación del tiempo de los plebeyos se orientaba al quehacer, la orientación más efectiva en las sociedades campesinas y en las industrias locales pequeñas y domésticas. Se pueden proponer tres puntos sobre la orientación al quehacer. El primero, que, en cierto sentido, es más comprensible humanamente que el trabajo regulado por horas. El campesino o trabajador parece ocuparse de la necesidad constatada. En segundo lugar, una comunidad donde es normal la orientación al quehacer parece mostrar una demarcación menor entre “trabajo” y “vida”. Las relaciones sociales y el trabajo se entremezclan —la jornada de trabajo se alarga o contrae de acuerdo con las labores necesarias— y no existe mayor sentido de conflicto entre el trabajo y el “pasar el tiempo”. En tercer lugar, al hombre acostumbrado al trabajo regulado por reloj, esta actitud le parece antieconómica y síntoma de pereza.

No obstante, en este punto resulta obligado un inciso, que parece el

Hoy en día todavía trabajamos bastantes más días al año de lo que se hacía en la Edad Media

de siempre: el trabajo más arduo y prolongado de la economía rural era el de las mujeres, ya que al quehacer de los campos añadía el quehacer doméstico, el cuidado y la manutención de la familia. ¿Les suena, verdad? Como podemos ver, lo mismo que ocurre hoy cuando las mujeres salen a trabajar fuera de casa.

Pero, volviendo a la cuestión de la orientación al quehacer, ésta se hace mucho más compleja en el caso del trabajo contratado. Se requiere una nueva forma de medir el tiempo. Los contratados experimentan una diferencia entre el tiempo de sus patronos y su “propio” tiempo. Y el patrón debe utilizar el tiempo de su mano de obra y ver que no se malgaste: no es el quehacer el que domina sino el valor del tiempo al ser reducido a dinero. El tiempo se convierte en moneda: no pasa sino que se gasta.

Los puritanos ingleses consiguieron esta transformación del tiempo, encarnando a la perfección la unión de una visión de la religión y las necesidades del capitalismo industrial. No obstante, los mecanismos fueron de lo más expeditivos. Se comenzó por privatizar y cercar todas las tierras comunales para que los pobres no tuvieran posibilidad de complementar sus ingresos. A pesar de ello, se continuó observando que cuando estos ingresos eran suficientes para la subsistencia dejaban de ir a trabajar los últimos días de la semana; por lo que se decidió que el único camino posible consistía en bajar los salarios. A defender esta necesidad se dedicaron con ahínco los teóricos de la economía política de la época (lo que nos recuerda bastante a quienes lo repiten hoy, al alertar sobre el grave peligro que los salarios dignos suponen para la competitividad de las empresas). Sólo más tarde, se dedicaron a los controles disciplinarios en las fábricas y a poner en marcha un sistema educativo que colaborara al disciplinamiento de la población. Para hacernos una idea del calibre del sistema propuesto, veamos lo que defendían para los niños pobres de 6 ó 7 años:

“Es considerablemente útil que estén, de una forma u otra, constantemente ocupados al menos doce horas al día, se ganen la vida o no; ya que por estos medios esperamos que la generación próxima esté habituada al empleo constante que se convertirá a la larga en algo agradable y entretenido.”

Se logró habituarles al empleo constante; pero no fue fácil, porque nunca llegó a resultar tan agradable ni tan entretenido. Quizá por ello el disciplinamiento de los obreros ingleses no se culminó hasta bien entrado el siglo XX, y no sin poca resistencia. Momento en el cual ya se estaba en condiciones de comenzar a unir trabajo y reali-

*Mientras
existan culturas
populares que
cultiven la
solidaridad
comunitaria la
economía no
termina de ir
todo lo bien
que debiera
para algunos*

zación personal; concepto que un par de siglo antes hubiera resultado incomprensible. La mayoría continuaba pensando, como en la Edad Media, que el trabajo, y más el contratado, constituía una maldición divina, y de las peores. Cosas de la cultura de la época.

Economía

Pues bien, una vez acabaron con la cultura rural, y convertida la gente en productores, la cosa no quedó resuelta; ya que a los obreros les dio por crear una nueva identidad, como suele ocurrir tras cada transformación social de amplio calado. Aunque más complicada, al no estar ligada al medio natural, lo cierto es que la tradición del movimiento obrero se plasmó en una cultura auténticamente popular y solidaria a lo largo del siglo XIX y durante la primera mitad del XX.

Pero mientras existan culturas populares que cultiven la solidaridad comunitaria la economía no termina de ir todo lo bien que debiera para algunos. Quizá la cosa pudiera ser sostenible, pero el negocio no terminaba de ser redondo. No obstante, la ciencia económica, el poder en realidad, es tan científico que la solución no podía tardar en llegar. El paso de la cultura rural a la cultura obrera había funcionado bastante bien; ahora se trataba de ver cómo se mejoraba esta última. El tímido intento de convertir a los obreros en “trabajadores”, palabra más aseada, no parecía una solución definitiva. No obstante, la “racionalidad” termina por imponerse, y por fin los trabajadores encontraron su estatus “natural”: se convirtieron en consumidores.

Al final, la economía logró resolver el asunto. Los restos de las identidades comunitarias basadas en la pertenencia ya podían desaparecer. El consumidor no se define por la pertenencia a ninguna comunidad; sino tan sólo por la posesión de objetos. Por lo tanto, cuantos más objetos posea mejor y más consumidor es; desde este punto de vista la solidaridad y los vínculos comunitarios no son más que un estorbo, mientras que la competitividad se convierte en el rasgo fundamental para lograr el objetivo consumista. Por ello, lo natural es competir hasta con los vecinos, no ser solidario con ellos, lo que iría en contra del propio interés.

Como vemos, todo termina por encajar: la economía, o sea, la competitividad, necesita para su buen funcionamiento acabar con cualquier resto de identidad comunitaria, con cualquier resto de vida personal no consumista. Por lo tanto, lo que queda de la identidad conejera, sea lo que sea este asunto (esperaremos al próximo número de la revista para enterarnos), no resulta compatible con la

*El consumidor
no se define por
la pertenencia a
ninguna
comunidad;
sino tan sólo
por la posesión
de objetos*

buena marcha de la economía. Dicho de otra manera, como contábamos al principio: los canarios son unos vagos, no son competitivos; no son todavía consumidores perfectos.

Y no es, desde luego, porque los conejeros no consuman ya un buen montón de cosas; sino porque algo les indica, quizá el residuo de su identidad pasada, quizá la experiencia de los últimos años, que la conversión de la persona en consumidor no parece proporcionar un auténtico bienestar. En cualquier caso, no hablamos de realidades estancas sino de procesos; y el proceso de cambio hacia el consumidor ha sido tan rápido en Lanzarote que se necesita todavía tiempo para asimilarlo. Nos encontramos aún en la primera generación de consumidores.

Además, esta transformación se produce cuando ya en otros lugares se denuncia la irracionalidad del consumismo, o, lo que es igual, la insostenibilidad del fenómeno; por supuesto, son gente que lleva ya un par de generaciones poniéndose las botas. Con lo que aquí, sin haber terminado de asumir el cambio, ya nos están dando de cachetones por todas partes: unos porque aún no somos perfectos consumidores, por no ser suficientemente competitivos; y, otros —los de la sostenibilidad, los ecologistas—, por ser demasiado consumistas.

Ecología

Está claro que tienen razón los que dicen que la vida es complicada. Yo, como pertenezco al sector de la paliza ecologista, me voy a referir, ahora, al asunto de la vagancia y la competitividad desde el punto de vista de la sostenibilidad, criterio de la máxima actualidad insular en estos momentos. Para ello podemos cambiar de ejemplo, por si estuvieran Vds. ya aburridos, y referirnos a los alemanes, hoy en día más productivos que los ingleses y más ecológicos. Sobre esta opinión parece existir un acuerdo generalizado.

Comencemos buscando algo que nos diferencie de los alemanes, que ponga de manifiesto que algún resto de identidad nos queda en esta Europa multinacional. La diferencia entre un obrero alemán y un español no la encontramos, desde luego, en su mayor capacidad para el trabajo intenso, sino en su regularidad, su metódica administración de tiempo y energía, y quizá también en la represión, no tanto de los placeres, como de la capacidad de descansar a las antiguas y desinhibidas usanzas. Además, el asunto de la productividad hay que empezar a ponerlo en cuarentena, porque, a veces, la realidad juega malas pasadas a los mitos establecidos. En este caso demuestra, por ejemplo, que los obreros españoles de la Seat son

La vagancia de los canarios, su falta de competitividad, los convierte en una sociedad mucho más ecológica que la alemana, mucho más sostenible

notablemente más productivos que sus compañeros de la Volkswagen, debido a que trabajan más horas y cobran sueldos mucho menores. ¿A ver si no vamos a ser tan vagos como dicen?

Por lo que respecta a lo ecológico de sus costumbres, parece difícil discutirlo: tiran menos papeles al suelo, se preocupan por reciclar parte de sus residuos, exigen más energías alternativas, ponen filtros a algunas de sus fuentes de contaminación y su educación medioambiental se muestra muy superior a la nuestra. Pero, ahora, pongamos en relación su realidad ecológica con su productividad y, por lo tanto, su consumo. Son tan productivos y consumen tantos recursos que su contribución a la crisis ecológica global es muy, pero que muy superior a la nuestra. Y parece más importante tener en cuenta esta realidad que el hecho de que no tiren papeles al suelo. Porque, indudablemente, un aumento de la competitividad lleva a un incremento del consumo y, por tanto, del destrozo causado a nuestro entorno. Por ello, mire Vd. por donde, resulta que la vagancia de los canarios, su falta de competitividad, los convierte en una sociedad mucho más ecológica que la alemana, mucho más sostenible.

Además, ocurre algo curioso: en cuanto pueden, los alemanes se van a vivir al Sur. ¿Por qué será? Podemos suponer que alguna relación tiene con la calidad de vida, que, entonces, no debe tener tanto que ver con la cantidad de objetos consumidos. Pero seguro que sí, con la concepción del tiempo de la que hablábamos antes y con el ritmo de trabajo. Con el hecho de que todas las sociedades industriales maduras se distinguen por su administración del tiempo y por una clara división entre trabajo y vida. Mientras que aquí, en Lanzarote, los restos de la antigua cultura, de la antigua identidad, consiguen que todavía se alternen, en algunos casos, las tandas de trabajo intenso con la ociosidad; algo que ocurre cuando las personas controlan sus propias vidas con respecto a su trabajo. Modelo que persiste siempre entre los que trabajan de forma independiente: artistas, escritores, pequeños agricultores y quizá también estudiantes; hasta tal punto que conviene suscitar la cuestión de si no se tratará de un ritmo de trabajo humano “natural”.

No obstante, una cosa debe quedar bien clara: aspirar a mantener un ritmo de trabajo “natural” y, a la vez, un nivel de consumo como el alemán resulta del todo incompatible. Defender la identidad conejera desde el interior de un prestigioso cochazo alemán se acabará revelando imposible; lo mismo que hablar de la propia comunidad tras pasar las tres horas y media de rigor pegado a la

Todas las sociedades industriales maduras se distinguen por su administración del tiempo y por una clara división entre trabajo y vida

aislante pantalla del televisor. Si queremos una sociedad sostenible tendremos que plantearnos cambiar unos cuantos objetos de consumo por una vida digna.

Antes se consumía para vivir, el problema era que se consumía demasiado poco; ahora vivimos para consumir, y el problema es que se vive demasiado poco. No se trata, en cualquier caso, de idealizar la antigua cultura ni tratar de demostrar, en este momento, que una forma de vivir sea mejor que otra; sino de poner de manifiesto que el cambio cultural y tecnológico no es sencillamente neutral e inevitable, que obedece a la confrontación de intereses entre los que explotan y los que se resisten a ser explotados; y que los valores pueden perderse, pero también, reencontrarse. Se trata, en suma, de construir una nueva noción del tiempo y de la comunidad, que tendrá que recuperar algunos de los valores humanos de la vieja cultura; aprender a llenar los intersticios de nuestros días con relaciones personales y sociales más ricas, más tranquilas, y romper otra vez las barreras entre la producción y el resto de nuestras actividades.

Aspirar a mantener un ritmo de trabajo "natural" y, a la vez, un nivel de consumo como el alemán resulta del todo incompatible

El puritanismo a que nos hemos referido formó parte de la ética laboral que permitió al mundo industrializado salir de las economías de pobreza del pasado. Pero, hoy, en una sociedad que comienza a denominarse del "ocio", y que discute sobre la disminución de la jornada laboral para repartir el trabajo, ¿podemos conservar la misma valoración puritana del tiempo? ¿Podemos seguir manteniendo que el tiempo es oro? ¿Empezarán las personas a perder ese inquieto sentido de urgencia, ese deseo de consumir el tiempo? ¿Seremos capaces de recomponer la ruptura que se produjo entre el trabajo y la vida? ¿Nos dejarán de tocar las narices con la historia de los vagos y los productivos?